

SEDENTARIA

Los murmullos de la calle se escuchan desde la ventana abierta, me hacen sonreír, una sonrisa amarga como el café, falsa como un billete de 3, pero nostálgica como el verano de ayer, porque son risas de niños, esos que algún día soñamos tener. Puedo notar cómo las hojas del escritorio de nuestra habitación se expanden por ella, golpeadas violentamente por el viento, y hasta me atrevería a decir que, puedo escuchar sus lamentos en silencio, y las compadezco, porque en ese momento las siento compañeras, socias de un sufrimiento que nos arrasa. Nuestro amor, más tóxico que ciudades de arsénico, cambiaba cada día más, olvidando el olor de su origen y el color de su corbata, y ya no sabe quién es. Quise pasarme los días vomitando las mariposas que había en mí, dejándote en un pasado que no consultaría jamás, porque me dice cosas que ya sé, pero vomité tanto, que acabé vomitándome a mí. Estoy a punto de quedarme sin voz y quiero gritar, quiero gritar que me duele que quererte es darte mi propia pistola cargada apuntándome, y tú ya has apretado el gatillo. Me quema tanto saber que sigo viva porque, aunque fueras tú el que me tuviera que matar, mi último suspiro seguiría siendo para ti. Pero ahora que llegó ese momento, es para mí y para todos esos sueños que quise cumplir sola, y cuando apareciste, contigo, pero han acabado rotos, proclamándome una sedentaria de ti, porque fue verte y luchar por quedarme ahí.

Tania Trofimov 3º ESO A